

cilampa 9

UNIVERSIDAD NACIONAL
"Campus Omar Dengo"
ESCUELA DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE

CILAMPA Nº 9

REDACTORES:

Jorge Alfaro P.
Margarita Rojas G.
Sonia Marta Mora

HEREDIA, COSTA RICA - Agosto de 1987

LA VARIACION LINGUISTICA

La enseñanza del español en la educación media costarricense ha ido reduciendo tanto las miras de su labor que últimamente se interesa por la lengua sólo como instrumento de comunicación. Se ha considerado que conseguir un adecuado manejo oral y escrito de la lengua materna no debe pasar -- o hacerlo muy superficialmente y siempre después -- por el conocimiento de sus leyes, funcionamiento y valores culturales. Así, se ha priorizado en forma lamentable el estudio de formas y normas comunicativas que por sí mismas no conducen al objetivo deseado, como poder definir las partes de un informe de investigación no implica que se pueda escribir uno.

Esta visión simplista de la lengua y su estudio tiene repercusiones muy serias en los resultados del proceso educativo. Esto se ha vuelto a probar recientemente y todos los reconocen como catastróficos. Desde el marco teórico del programa, que se funda en una visión estrecha y maniquea de los procesos comunicativos hasta la práctica pedagógica y la opinión que los profesores mismos tienen de su quehacer, todos los componentes de la actividad deben someterse a una cuidadosa revisión crítica para adecuarlos de tal manera que contribuyan positivamente a satisfacer las necesidades nacionales en este campo.

Una de las contradicciones básicas del planteamiento vigente en la enseñanza del español es que, aún reconociendo la lengua como el "instrumento" de comunicación por excelencia de la sociedad, no plantea su estudio en la dinámica de la acción

social, sino que lo aísla, idealiza una forma prestigiada de lengua y reconoce sólo una posibilidad como la buena y correcta. Esto es fácilmente verificable por cuanto los contenidos del programa que se refieren a variaciones dialectales se incluyen como "lenguaje corriente y vulgar", "vicios locales o de la comunidad", o como "vicios del lenguaje del país y de Latinoamérica". En consecuencia, el pretendido uso adecuado de la lengua resulta una abstracción que no se inserta en la dinámica concreta, histórica de la lengua. Se ignoran, o se incluyen para estigmatizarlas las características del español de América y Costa Rica, con base en un modelo de español que no se define y que además no se estudia como producto de una acción de la sociedad sobre la lengua. El "español correcto" y el concepto mismo de corrección son producto de un proceso que "estandariza" un dialecto. En él se reconocen (E. Haugen, 1966) los momentos de selección, codificación, elaboración de función y aceptación de la forma que se prestigia. Es decir, el modelo resultante no está allí por obra de la casualidad o de la propia dinámica interna de la lengua.

Una lengua no es única sino la suma de sus variedades. Todas ellas, en términos lingüísticos, deben considerarse igualmente buenas y correctas; pretender una homogenización es desconocer su naturaleza y vitalidad, pues todas son estructuradas y totalmente adecuadas a las necesidades de los hablantes. Aunque siempre una de las variedades de la lengua sea considerada la correcta y pura y las demás, desviaciones o inapropiadas, estos juicios son sociales y no lingüísticos. No hay nada inherente a cada variedad que la haga superior o inferior a otra, como lo han señalado de varias maneras los estudiosos de este campo lingüístico.

La deshistorización de la enseñanza del español, unida a una práctica pedagógica que consiste en la memorización de conceptos y en su aplicación en textos normalmente confeccionados, o al menos seleccionados para no ofrecer conflicto, produce, como consecuencia, la anulación de las más ricas vetas que podrían ayudar a la dinamización de la asignatura, evita cualquier forma de reflexión por parte del estudiante y convierte en estático el más poderoso y ágil de los sistemas semióticos.

Un proceso alternativo debería tomar en cuenta el carácter social de las lenguas, no sólo porque son el medio de comunicación de los grupos que las hablan, sino fundamentalmente porque la sociedad existe sólo gracias a la interacción de los hombres y a la comunicación que la posibilita y, al mismo tiempo, porque la lengua está determinada por los distintos contextos de actuación social. Es decir, la relación lengua-sociedad es doble: las lenguas condicionan, identifican y cohesionan a los grupos sociales y las sociedades condicionan las lenguas pues no solamente influyen en sus contenidos, sino que la estructura social y su sistema de valores provoca una ponderación determinada de los diferentes dialectos y "acentos" como ya apuntamos.

Deberá enfatizarse además que la lengua no sólo varía al paso del tiempo como puede muy bien documentarse con textos escritos en distintas épocas, sino que también lo hace sincrónicamente, en tres niveles: el geográfico, el social y el estilístico o situacional. Tomar conciencia de esta realidad permitirá adoptar una actitud más objetiva ante las variedades de una lengua.

Si comparamos la forma de hablar de un mexicano, un nicaragüense, un argentino y un costarricense,

se oirán diferencias de inmediato. Algunas son fácilmente perceptibles y otras no lo serán tanto, pero están allí. Al interior mismo de un país se pueden establecer diferencias: en Costa Rica se han reconocido dos variedades, la de Guanacaste y la del Valle Central, todavía escasamente estudiadas. Preguntar cuál de las formas de habla citadas sea la buena o mejor es, con claridad, impertinente. Cada hablante de una variedad tendría el derecho de pensar en la suya, pues le sirve perfectamente a sus necesidades. También sería imprudente preguntar cuál es más español. Todas lo son igualmente.

También al interior de cada sociedad los diferentes grupos sociales hablan de manera distinta. Ya en el país hay varios estudios que pretenden identificar un habla popular costarricense. Para no detenernos en los problemas técnicos que esto implica, digamos, por ahora, que muestran una conciencia en el sentido de que los grupos sociales se diferencian también por sus formas discursivas. Son reconocibles también subsistemas lingüísticos que, como apunta G. Berutto, corresponden a subculturas como los lenguajes técnicos, el habla militar y la estudiantil.

Las circunstancias que rodean el acto lingüístico, los interlocutores, el tema y muchos otros factores influyen para que se usen distintas formas lingüísticas en determinados momentos. Estos niveles de uso se reconocen con el nombre de registros; son muy numerosos, pero, para ilustrar de qué hablamos basta decir que son identificables pues no se habla igual con un amigo íntimo que con un extraño, con un estudiante que con un colega, a un hijo que a un jefe; en una iglesia que en un estadio, en una casa que en una sala de fiesta, etc.

Tomar conciencia de la naturaleza dinámica de la lengua, valorar objetivamente las distintas variedades lingüísticas y reconocer la propia y la de los estudiantes con naturalidad, sería un paso importante para llegar, por la reflexión y no por la memorización de reglas, al dominio de las formas socialmente prestigiadas. Porque no se trata de abandonar el estudio del dialecto español "estandar", sino de aprenderlo como una forma nueva, indispensable para una persona que estudia y pretende llegar por el conocimiento y la acción a formas superiores de realización personal y colectiva. Como escribía L. Bloomfield en 1927, no se trata de comparar el hablar "bien" o "mal" reduciendo el problema a confrontar el conocimiento con la ignorancia, sino más bien en ubicarlo en una dimensión disciplinariamente coherente.

En términos cotidianos esto implica que la clase de español debe preguntarse también, por ejemplo, sobre el alcance de las formas del voseo en la comunidad, la pronunciación del grupo tr, la comparación del habla de las mujeres y los hombres, el uso de interjecciones y preocuparse por recoger el léxico de los oficios en la comunidad y formas de habla que puedan discutirse con provecho en la lección. Estos y otras acciones puede tomar el profesor para hacer tomar conciencia de la riqueza y vitalidad de la lengua y ayudar a los estudiantes a observar y pensar sobre las cosas que le rodean e identifican.

Jorge Alfaro P.